

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTIMOS.

NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTIMOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones a Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios,
Pesetas. 2,25

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

SALVADOR EN LA CORRIDA DEL JUEVES.—LA MUERTE DE CARLOS PUERTO, por Luis Cármela y Millán.—ROMANCE DE LA DESGRACIADA MUERTE DE JOSEPH DELGADO (a) HILLO, por Román del Pino.—La corrida de Aranjuez.—Baraja taurina.—Revista de toros (corrida extraordinaria a beneficio del Hospital Provincial), por Don Jerónimo.

SALVADOR

EN LA CORRIDA DEL JUEVES.

Los lectores no extrañarán seguramente que, tratándose de la corrida extraordinaria verificada el jueves 28 del actual, dejemos a un lado detalles circunstanciados de la lidia, en sus dos primeros tercios, y nos detengamos casi exclusivamente en las faenas que, como matador de toros, llevó a cabo Salvador Sánchez, Frascuelo.

Como protagonista de la fiesta, a él deben adjudicarse todos los honores, y en él debe preferentemente fijarse nuestra atención.

Vamos, pues, a reseñar las muertes de los seis toros, con inclusión de las condiciones que éstos pusieron de manifiesto en las diferentes fases de la lidia; que esas condiciones son muy importantes, para darse cuenta exacta del trabajo del matador.

El primer toro (de la ganadería de Muruve, cuyos fueron los seis corridos); hizo en varas una pelea de res noble y aplomada; se arrancó con bravura, y recargó con dureza.

En el segundo tercio, el toro se convirtió en guasón; desafió, se quedó, y entró cortando el terreno al Regaterín, en el último medio par que clavó Victoriano.

A la hora de la muerte, acudió a la muleta con pocas piernas, pero hecho un borrico. La prueba es que Salvador comenzó la faena con tres pases naturales, trayéndose al toro en el pico de la muleta, y consumando, de tal suerte, con facilidad y lucimiento, un toreo preliminar en redondo.

Las estocadas fueron dos, precedidas de un gran pinchazo a volapié, y a volapié también ambas; la primera bastante ida, y la segunda contraria, por atracarse. En todas se arrancó desde donde se arrancan los valientes; toreó de muleta y estoqueó, dando al toro lo que pedía, y no perdió ni un instante la serenidad ni el valor.

El segundo toro fué bravo y certero para la caballería; empezó pidiendo guerra en palos;

lo pusieron en defensa las salidas falsas de Paco Sánchez, y se trasformó en noble a la muerte, pero conservando en las patas gran poder.

Salvador pasó de muleta muy movido, porque manejó el brazo como si se hubiera tratado de una res aplomada, lo cual quiere decir que, no estirándolo para dar salida al toro y destroncarlo, recortando de largo, tuvo que ganar con los pies, lo que necesariamente perdió con las manos.

La primera estocada fué perpendicular y delantera, porque el toro se consintió mucho más que el matador, y éste arrancó estando el bicho desigualado, con el objeto, sin duda, de aplomarlo con la espada, ya que no lo había aplomado con la muleta.

La segunda media estocada resultó excelente, pero el cuerpo del matador se desvió al salir de la reunión. Un gran descabello puso fin con lucimiento a la faena.

El tercer toro salió con tendencias a la huida, pero en cuanto se desengañó, fué bravo y de poder en el primer tercio; se defendió y estiró el hocico en banderillas, y se trasformó en noble y bastante aplomado para la muerte, aunque a veces tendía a desafiar.

El toreo de muleta que empleó Salvador, fué desigual; se acercó, como siempre, pero se movió más de lo necesario.

La estocada fué soberbia; el matador se arrojó materialmente sobre la cuna, y consumó el estoconazo con una guapeza casi brutal, que es lo que requiere siempre el acto de arrancarse a clavar la espada, corto y por derecho, en lo cual, pese a algunos visionarios de toros, Salvador no tiene, no ya quien le iguale, sino quien se le acerque, ni a cien leguas.

El cuarto toro estuvo bravo y empujando en varas; pasó a banderillas pidiendo aún pelea a los picadores; empezó desde el segundo par a rascarse contra las tablas, a consecuencia de un par caído y pasado de Galindo, y llegó a la muerte acostándose del lado izquierdo, que es donde tenía los susodichos palos de Galindo.

Si los que han dicho que Salvador abusó en este toro de los pases con la derecha, se hubieran fijado en aquella circunstancia, no hubieran calificado de abuso, lo que fué, en realidad, inteligencia

Además, no se abusa nunca de una mano, si el toro la pide. Todo el toreo de muleta está precisamente en eso: en dar a los toros lo que éstos piden; no en hacerles tomar, contra su vo-

luntad, lo que al matador se le antoje darles, porque no sepa más, ó porque no quiera otra cosa.

Nosotros encontramos excelente el trasteo de Salvador a su cuarto toro, porque se acostaba del lado izquierdo, y había que pasarlo, como lo pasó, con la derecha. La estocada fué una sola, en los rubios, entrando derecho y arrancando a lo Frascuelo; esto es, sin cuarteo.

El quinto toro se dolió a las varas y se puso en defensa en palos, descaendo dar una desazón a Joseíto. Un par al sesgo, par y medio a la media vuelta, y seis salidas en falso, demostraron que el animalito se había hecho reo de cuenta,

Salvador tardó en la muerte de este toro mucho más que en las de los anteriores, y, sin embargo, fué aplaudido con más entusiasmo, si cabe. ¿Por qué? Porque demostró facultades, valor é inteligencia. El quinto toro lidiado en la corrida del jueves, fué uno de esos cuya muerte daría credencial de maestro, si hoy no se adjudicara con frecuencia este título a cualquier advenedizo.

El toreo de muleta fué superior. Salvador despegó al toro de las tablas, donde estaba en defensa y receloso, y lo trasformó cuanto permitían su cobardía y sus inclinaciones a convertirse en buey. En una palabra: demostró Frascuelo que bien manejado el trapo, puede obligarse a un toro cobarde y mansurrón que no quiere nada, a tomar, si no todo lo apetible, al menos lo suficiente para ser masa manejable. Y esto no se consigue sólo con el valor; hace falta mucho entendimiento y mucha maestría.

En los pinchazos, que fueron tres, y en las estocadas que fueron dos, una cortá y otra contraria hasta la mano, estuvo Salvador tan guapo, tan fresco y tan deseoso de aprovechar, que el público, lo repetimos, colmó de aplausos al matador valiente y entendido, que demostró de una manera palpable sus grandes adelantos. Cuanto a recojer el estoque entre las pezuñas del toro, en esto no opinamos como el público que aplaudió a Salvador.

Nosotros le hubiéramos silbado de buena gana, y hasta le hubiéramos impuesto una multa, a ser posible. Las temeridades (por no decir otra cosa) innecesarias, son siempre dignas de censura. Con ellas pueden ganarse palmas, pero pueden también ganarse cornadas; y una cornada pedida, no tiene nunca perdón de Dios. En tal caso, habría que aplaudir al toro, porque no la da.

El sexto toro fué bravo en el primer tercio; se quedó algo en las banderillas, y llegó á la muerte incierto, y con tendencias á la naja.

Había que aprovechar, y Salvador aprovechó.

Después de un trasteo ceñido y fresco, se arrancó á matar *frascuelinamente*, esto es, dejándose cojer, y clavó una magnífica estocada arrancando, que hizo caer al toro á los pocos instantes. El matador salió admirablemente.

RESUMEN.

Ganado que satisfizo á los aficionados; en especial el segundo, tercero y sexto.

Con toros como los lidiados el jueves, nos daríamos por muy contentos los aficionados. Y la Empresa también, que en esta temporada hay que confesar tiene el santo de cara.

De los banderilleros, Ostión, el Regaterín y Joseito.

De los peones, los dos primeros.

De los picadores, ninguno.

En general, la lidia resultó muy deficiente, como ahora se dice.

De Salvador, poco hay que añadir, después de lo que va escrito en la reseña de las muertes de sus toros.

Fresco y sereno siempre, bregando de un modo incomparable, haciendo quites, estando al cuidado de todos, pasando de muleta é hiriendo, como queda detallado, vino á hacer buenas, una vez más, las opiniones de LA LIDIA, de que Lagartijo y Frascuelo son las dos glorias del toreo actual, y el «pan nuestro de cada día» para la Plaza de Toros de Madrid.

No tendrá muy aguzado el entendimiento quien no observe la considerable reacción hacia el toreo verdad, que Salvador está operando en el público de la corte.

Ese es el mayor elogio que podemos hacer del célebre matador de toros, de quien ha dicho con razón *La Correspondencia de España*, que *está hecho un fenómeno*.

¡Bravo, Salvador! ¡Y... adelantel

LA MUERTE

DE

CÁRLOS PUERTO.

Entre la pléyade brillante de lidiadores de á caballo que floreció durante el segundo tercio del siglo actual, en la que figuraban hombres tan notables como Curro Sevilla, Juan Gallardo, el *Coriano*, *Poquito pan*, *Charpa*, *Castañitas*, y José Trigo, ocuparon distinguido lugar y gozaron en su época de generales y merecidas simpatías los hermanos Carlos y Francisco Puerto. El primero, especialmente, lo mismo en su trabajo como lidiador, que en su trato particular, poseía el preciado don á pocos concedido, de captarse el afecto y la consideración del que cruzaba dos palabras con él, ó le estrechaba una vez la mano.

De arrogante y atractiva figura, ocurrente y chistoso en el decir, ameno al par que comedido en su conversación, con un carácter franco y abierto, generoso, dócil, servicial, siempre alegre y de buen humor, Carlos era comensal ó punto obligado de toda *cuchipanda* ó fiesta andaluza; no de aquellas en que los excesos del vino convierten la diversión en pendencia ó la broma culta y alegre en grosera orgía, sino de las en que se come y bebe con prudencia, agregando á los sabrosos manjares el aperitivo de unas *jaberías* ó *serranas* dichas al rasguear de la guitarra, con la gracia que es proverbial en las hermosas hijas de la antigua Bética.

Reunía todas las cualidades más apreciables del carácter andaluz. No lo era, sin embargo. Había nacido en Alicante el día 4 de Diciembre de 1813, pero obligados sus padres por negocios de familia á trasladarse y fijar su residencia en el Puerto de Santa María cuando Carlos apenas contaba quince meses de edad, como natural de esta ciudad se le consideraba, y como hijo de ella, aunque no lo fuese más que adoptivo, figuró siempre en carteles y papeletas.

El estado de fortuna de sus padres no les permitía costearle una carrera ó darle una educación científica; así es, que al terminar el muchacho la instrucción primaria, decidieron aplicarle á un ofi-

cio, colocándole al efecto como aprendiz en un taller de construcción de carruajes. Dió pruebas de laboriosidad é inteligencia, llegando en breve tiempo á ser un buen oficial, y asegurándose una subsistencia modesta; pero el entusiasmo que le producían las lidias de toros, en las que veía lucir su gracia y agilidad á otros jóvenes aficionados, unido al deseo de conquistarse un nombre, practicando con acierto tan brillantes ejercicios, estimularonle á probar fortuna.

Sonrióle ésta al presentarse por primera vez en el palenque de los grandes triunfos y de las grandes desgracias, porque no sólo cautivó á los espectadores el verle sujetar á las reses como un consumado maestro, sino que lidiadores de tanta experiencia y notoriedad como Juan Pinto y Juan Mateo Castaños (éste último muerto en la misma plaza, y casi en el mismo sitio en que más tarde debía perecer Carlos), le auguraron un brillante porvenir en la práctica del toreo á caballo.

No necesitaba tanto el animoso joven para hacer definitiva é irrevocable su resolución. Trocó la herramienta por el castoreño y la pica, creyendo con ello poner una en Flándes, y á las primeras de cambio, firmó diversos contratos para trabajar en algunas Plazas de Andalucía, obteniendo gran aceptación, por la desenvoltura, valor, gallardía é inteligencia con que verificaba las suertes. Esta primera campaña de nuestro hombre, que no duró más de dos años, atrajo sobre él la atención de los aficionados; y en el otoño de 1836, invitado por el entonces novel matador, Manuel Domínguez, á ingresar en la cuadrilla que estaba formando para dar veintiocho corridas en América, se alistó en ella sin vacilar, y á favor de brisas bonancibles, zarpó del puerto de Cádiz con sus compañeros, á bordo de la fragata española *Eolo*, haciendo rumbo á Montevideo.

La misma estimación que había merecido como lidiador y como particular en su patria, alcanzó en la tierra americana, adquiriendo además excelentes relaciones, que le obligaron á dilatar su permanencia en aquel continente más de lo que al principio pensara. Iban trascurridos cuatro años desde su partida, y aun así no hubiera regresado á España hasta realizar una modesta fortuna, cosa no difícil, dada la espléndida retribución que allí obtenía su trabajo, si los anhelos de una madre que acababa de quedar viuda y á la que adoraba con toda el alma, no le decidieran á volar en su auxilio, aun cuando al hacerlo truncara la posición que ya había empezado á labrarse.

Día de inefable júbilo fué el de su llegada, para la amantísima madre, que pudo estrecharle en sus brazos tras larga ausencia; y lo hicieron también sus amigos de la infancia, con la emoción que despierta en todo pecho generoso, el sacrificio llevado á cabo en aras del amor filial. Descansó Carlos en el Puerto de Santa María, durante algunos meses, y resuelto como estaba á volver á Montevideo, permaneciendo allí todo el tiempo necesario para reunir un regular capital y abandonar la profesión de lidiador tan pronto como lo consiguiera, partió de nuevo á América acompañado de su madre.

Las lágrimas y congojas de ésta, en las tardes de las corridas, hacíanle sufrir mucho más que el temor de su propio riesgo, y esta consideración influyó en su ánimo, para que no contento con los productos que el toreo le proporcionara, se dedicase á la labor del campo, en la que acaso habría realizado sus esperanzas, si la suerte, siempre implacable con él, no hiciese que las hondas convulsiones políticas por que atravesaba el país, causaran el destrozo y la ruina de su pequeña propiedad.

Buscando en el cielo de la patria el lenitivo á tanta desdicha, regresó á su querida Andalucía en la primavera de 1849; y ganoso de recobrar el fruto perdido, después de tanto trabajo, reanudó la carrera tauromáquica con el ardor de sus más juveniles años, entrando desde luego á formar parte de la cuadrilla del célebre José Redondo (*El Chiclanero*), en la que permaneció durante tres años, recogiendo lauros y ovaciones en casi todas las Plazas de la Península.

Este período, en el que reveló de lleno sus excelentes facultades, fué el de verdadero apogeo de Carlos Puerto. Citaba bien y por derecho, castigaba siempre en buen sitio, se unía perfectamente al caballo y saltaba con desahogo y limpieza de la suerte, mostrando también tino especial en la manera de desmontarse, cuando no le era posible detener el empuje de la fiera. Estas sobresalientes cualidades, unidas á la gracia de su apostura y á la elegancia y naturalidad con que consumaba las suertes, colocaronle en lugar tan preferente, que no pocos aficionados le consideraban como el primer varilarguero de su época.

En el mes de Marzo de 1852 ingresó en la cuadrilla del espada Julián Casas (*El Salamanquino*), y empezó temporada en Andalucía, alcanzando ruidosas ovaciones, siendo indescriptible la que le hizo el pueblo gaditano en la tarde del domingo 23 de Mayo, al verle picar en competencia con el afamado Antonio Sánchez (*Poquito pan*).

Esta era de triunfos debía durar poco; y la dicha, la tranquilidad y el bienestar apenas tocados, iban á desvanecerse por siempre, á impulsos de una inesperada, definitiva y espantosa catástrofe.

**

Pintoresco y animado aspecto presentaba el Puerto de Santa María en la mañana del 25 de Junio de 1852. Brillante y espléndido el sol; los balcones y ventanas de la ciudad engalanados con vistosas colgaduras; los paseos llenos de flores; las bellísimas portuenses y las forasteras de Rota, Chiclana y la Isla, que habían acudido á las fiestas de San Juan, ostentando sus hechizos por calles y plazas; los puestos de frutas, pastas y bebidas, rodeados de alegre concurrencia; músicas y campanas lanzando al aire sus sonidos; y un pueblo radiante de júbilo, esperando con ansiedad la hora marcada para asistir á la corrida de toros.

Desde las dos de la tarde empieza á acentuarse el movimiento. Coches, ómnibus, calesas, ginetes sobre caballos enjaezados á la andaluza, y gran golpe de gente á pie, marchan hacia el anchuroso circo. Van á correrse ocho toros escogidos de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río. Pica Carlos Puerto, el hijo adoptivo de la ciudad, el amigo de todos, el que viene á justificar ante sus paisanos la gran reputación adquirida en las Plazas de la Península y de América, á fuerza de constantes alardes de valor y destreza.

Llénanse barreras, tendidos y gradas. Los concurrentes, ébrios de gozo, y esperando el anhelado momento de disfrutar del grandioso espectáculo nacional, bullen y se agitan como impulsados por eléctrica corriente. Los vendedores atruenan el espacio con sus gritos y pregones. En los palcos ha tomado ya sitio la plana mayor de las mujeres hermosas de Andalucía, y la movilidad y expresión de sus rostros y sus miradas de fuego, parece como que caldean y multiplican la vida de tan asombroso cuadro.

Suenan las cuatro, y clarines y timbales anuncian el principio de la fiesta. Preséntanse las cuadrillas, capitaneadas por Julián Casas. A la derecha de la primera fila de picadores, marcha el animoso y simpático Carlos Puerto, vestido de azul y plata, con faja y pañuelo color de rosa. Al distinguirlo el público le victorea y aplaude, y él saluda modestamente, con expresiva y cariñosa sonrisa.

Empieza la corrida en medio de la mayor alegría y ni los lidiadores ni el ganado defraudan las esperanzas de los espectadores. Lo mismo los toros de á pie que los de á caballo bregan con acierto y oportunidad, estimulados por el aprecio que se hace de su trabajo. Van lidiados cuatro toros y Carlos Puerto ha probado con creces á sus paisanos, que no es usurpada su reputación: imponente es también la ovación que se le ha tributado.

Salta á la arena el quinto toro, de nombre *Medialuna*, cornialto, de pelo colorado, bermejo, careto, algo salpicado y ojo de perdiz. Sale abanto, con muchos piés, consiguiendo parárselos *El Salamanquino*, con cinco lances de capa, y emprende una faena dura con la gente montada, dejando seis caballos en la arena á cambio de nueve puyazos. Se aploma un tanto el toro y trata de obligarle Puerto, citándole muy en corto.

En este crítico instante, cuando todo el concurso admira la serenidad del lidiador, que se estrecha de un modo magistral con la fiera, el Gobernador civil de la provincia que en mal hora ha ido á presidir la fiesta, hace una seña enérgica á un salvaguardia para que arrée al caballo del picador, y castigado el animal con un fuerte latigazo en los cuartos traseros, se atraviesa delante del toro, que arremete con espantosa violencia, saca de la silla á Carlos Puerto, llevándosele clavado en el cuerno derecho, y campañeándole por espacio de siete segundos, le arroja con furia sobre la tierra.

Se escucha entonces en todos los ámbitos de la Plaza una exclamación de horror, que rápidamente se trueca en apóstrofes, insultos y amenazas á la autoridad, al ver que corre la sangre del infeliz picador, y al saberse pocos momentos después que la herida es mortal de necesidad. Los gritos de *¡castigo! ¡venganza! ¡esto es un crimen!*, resuenan cada vez con más ira, haciéndose precisa la intervención de la fuerza armada que, repartida por todas las localidades, desaloja la Plaza, verificando de paso numerosas prisiones.

La herida del diestro es verdaderamente horrible. El cuerno izquierdo del toro ha penetrado por la ingle derecha, y le ha atravesado todo el cuerpo, hasta salir por un costado, destrozándole el vientre y algunas costillas. El celo desplegado por las cuadrillas para acudir en auxilio de su infortunado compañero ha sido ineficaz, ante lo inesperado y súbito del acontecimiento.

Heróica fué la serenidad de Carlos Puerto en tan espantoso trance. Marchó por su pié á la enfermería, teniendo que sujetarse con ambas manos los intestinos, que se agolpaban á la boca de la herida, y soportando con resignación inconcebible las crueles operaciones facultativas, sólo se lamentaba de la suerte de su anciana madre, y repetía que eran inútiles los esfuerzos de la ciencia para evitar su muerte.

Terminada la primera cura se le trasladó en una camilla á casa de su amigo de la niñez, Erasmo Olyera, en donde fué asistido por la familia de éste con cariñosa solicitud. Ni la más leve queja exhaló contra el movíl de su desdicha; y al oír á uno de sus amigos pedir castigo para el culpable, sólo respondió: *No hay ningún culpable, y retirete, que es hora de pensar en Dios.* En efecto: á las doce de la noche del día 26 le fué administrado el Santo Viático, y á las cuatro y media de la tarde del 29 de Junio de 1852 dejaba de existir, cuando aún no había cumplido treinta y nueve años. Conservó en sus últimos momentos la serenidad del hombre de valor, la resignación que proporciona la fé religiosa y la tranquilidad que dá una conciencia honrada.

Tal fué el trágico fin de uno de los representantes del toreo á caballo más valiosos de la época moderna, desastre que tuvo además un doloroso epílogo; porque la madre del malogrado lidiador, Doña Francisca Santo, perdió súbitamente la razón, y murió cuatro meses después de la tremenda desgracia ocurrida á su hijo.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

ROMANCE ⁽¹⁾

de la desgraciada muerte de

JOSEPH DELGADO (a) HILLO,

EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID,
EL DIA ONCE DE MAYO DEL AÑO DE MIL OCHOCIENTOS UNO.

PRIMERA PARTE.

Aunque con pena y dolor,
y el alma de angustia llena,
afligida de quebranto,
dolorida de tristeza,
y quasi titubeando
insensata y macilenta,
quiero ahora en breves líneas
y doloridas cadencias,
referir á mi auditorio
la más fúnebre tragedia
que ha sucedido en la Corte
de Madrid (donde la Regia
Majestad tiene su asiento
domicilio y su grandeza).
En esta Corte famosa
estaba un hijo de aquesta
Ciudad (su pueblo Hispalense)
en donde el recreo era
deste pueblo Sevillano
pues su garbo, y gentileza
encantaba con su modo
y política destreza
tanto que á todas las gentes
la voluntad les granjea.
Y sinó dígalo un Cadiz,
que lo han sentido de veras,
el Puerto no digo nada,
y Jerez con mucha pena;
en fin digo lo han sentido
en todas, todas las tierras
en que á el le conocieron
por su garbo y su modestia;
pues del mucho sentimiento
es tanta, tanta la pena,
que tiene en sí, que no hay
ni un alma que no lo sienta
la muerte tan desgraciada
que ha tenido, mas me queda
que pedir, que es el auxilio
de Dios y su Madre, nuestra
Señora de la Piedad,
aquella que se venera
en el sitio que le nombran
del Baratillo, que aquesta

es devoción que la tuvo
este tal, que aquí se espresa.
Este fué Joseph Delgado,
(alias Hillo) y es fuerza
referir como su muerte
ha sido; ó quien pudiera
tener la ciencia de Homero
para poder componerla!
Mas valido de la gracia
de Dios, y su madre bella
Señora de la Piedad,
empiezo de esta manera.
Año de mil y ocho cientos
y uno, según la cuenta,
el día once de Mayo,
un Lunes, según espresa
la carta, que yo he leído
(de una tal correspondencia)
de que ha tenido un amigo
de un hijo suyo, que aquesta
es verídica, pues él
la escribe con la experiencia
de haberlo visto á sus ojos
morir, qué fatal tragedia!
que pena dolor y angustia
sería (ya se contempla)
á los que lo están mirando;
notable, fatal tragedia,
(vuelvo á decir otra vez)
pero no sé que dijera!
que entre tanta gente junta
no hubo quien lo socorriera
á aqueste infeliz mancebo!
Valgame la Virgen nuestra!
que habiendo el librado á tantos
no hubo quien lo favorezca!
y es que estaba allí su fin;
Dios en el cielo lo tenga.
En fin, voy á declarar
por ver si á Dios lo encomiendan
con tenerlo á el tal presente
cuando canten estas letras
(pues mueven los corazones
aunque sean hechos de piedra)
esta relación en verso
el que está, ó futuro venga
que algún sufragio tendrá
tal vez si acaso se acuerdan,
que esa ha sido la intención
de este su amigo Poeta;
que por eso lo ha compuesto,
por ver si alguno le reza
aunque sea un Ave Maria,
y ese más sufragio tenga;
y mas si se alcanza el fin
de imprimirlo en la Imprenta,
y así escuchen mis oyentes
que ya empiezo mi cadencia.
Un Lunes (vuelvo á decir)
estando la Plaza llena
de gente, entró el despejo
como se costumbra en esta,
usando de su ejercicio
con la debida limpieza,
despejaron luego al punto
hechando la gente fuera,
y despues los Picadores
á el punto corriendo entran,
y detras van los de á pie,
Vanderilleros, que eran
primores verlos vestidos
y gracia con que los llevan;
despues van los Matadores
de espada, (con gentileza)
y el valiente Joseph Hillo
(como principal cabeza)
pues es maestro de todos
por que por él se gobiernan
y llegando hacia el balcon
á donde está la grandeza,
usando la cortesía
que es debida (que se tenga)
se quitaron sus sombreros
con política agudeza,
pues es lo que se acostumbra
entre la gente discreta;
usan de sus cortesías
segunda vez, luego llegan
á el Chiquero prontamente
y no porque van de priesa,
y los Picadores juntos
marchan á la Corraleja
en compañía los demás
les asisten los que quedan
para evitar ocasiones
peligrosas de que puedan
redundar á el que se ponga
de Picador á la Puerta;
y poniéndose en su sitio
con la garrocha puesta,
con la prevención devida
con el pañuelo hace seña
el principal que lo manda
y al punto el mandato observa;
resonaron los clarines
con sus canoras cadencias
y corriendo los cerrojos
á el punto salió una fiera
de un Toro y lo recibió

el que está puesto á la puerta
y lo despidió de sí
con valentía soberbia.
El segundo hizo lo mismo,
y el tercero lo echó en tierra,
pues que lo mató el caballo,
y le echó las tripas fuera,
y despues lo mató Hillo,
con gran garbo y gentileza,
aunque tuvo una cogida
en la mañana primera
mas no fué cosa mayor,
si le molesta una pierna.
Tambien el llamado Ortiz,
herido salió de veras,
mas fué aquella propia tarde
de que se jugó la fiesta;
Tambien el platero fué
herido (mas cosa tenue);
pero aunque Hillo cogebaba
no por eso matar deja.
O desgraciado mancebo!
O desgracia tan proterbal!
O! quien le dijera á el
de que en esa tarde mesma
había de ser fragmento
ó víctima de una fiera,
de un Toro, que castellano
es de Castilla la Vieja,
la divisa era morada
y del Toro su amo era,
Peñaranda Bracamonte
y el color la carta espresa,
que era de color muy negro
como lo esplican sus letras;
y al tiempo de ir á matarlo,
tanto se arrestó, que á fuerza
de meterle bien la espada
(como acostumbraba) queda
la espada á el Toro metida,
y el Toro con gran fiereza
lo ha agarrado de tal suerte
que por un bacio le entra
el cuerno, y por el pescuezo
de Yllo lo saca, el cual queda
por el tiempo de dos credos
colgado de su cabeza
y despues lo despidió
cadaver; ó que tristeza
causó, pues sus compañeros
inmóviles todos quedan,
atónitos y conflictos,
sin saber si aquello era
verdad, pues aunque lo veían
á su vista, en su presencia,
con mirarlo por su ojos,
les parecía novela,
en ver á un hombre que ha sido
en su saber y destreza
la fama de todo el Orbe
y si no calló la lengua
de la fama de Benete
Huevo, Cándido y Saavedra.

(Se continuará.)

Por la copia,
ROMÁN DEL PINO.

LA CORRIDA DE ARANJUEZ.

La falta de espacio nos obliga á hablar muy poco de la corrida de toros celebrada en Aranjuez el sábado 30. La fiesta no merece tampoco, en realidad, los honores de una detallada descripción.

El ganado del Duque de Veragua fué desigual. El primer toro mereció el castigo del fuego, y fué, en efecto, quemado, con gran aplauso del público. De los cinco restantes, cumplieron el tercero, quinto y sexto.

Cara-Ancha y Lagartija demostraron en la brega y muerte de sus toros, muchos deseos de complacer al público, pero nada hicieron que merezca mención particular. Los toros llegaron casi todos descompuestos á la muerte.

Manuel Campos é Hipólito Sánchez oyeron palmas, poniendo banderillas al tercer toro. De los picadores, lo mismo que aquí, ninguno.

La entrada, buena, y el calor, horroroso. LA LIDIA da á la Empresa de Aranjuez las gracias más expresivas, por su atención al convidarla á la fiesta.

BARAJA TAURINA.

Hemos recibido una BARAJA TAURINA, cuya adquisición no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, por ser cosa por demás curiosa, bien hecha é interesante en alto grado para todos los aficionados. Consta de 90 retratos al cromo, de otros tantos diestros antiguos y modernos, y de los hierros y divisas de las principales ganaderías.

Véndese en las principales papelerías de Madrid, al precio de 2 pesetas.

El deseo de complacer á nuestros suscritores de Madrid y correspondientes de Provincias, nos ha impulsado á celebrar un contrato con el autor de dicha BARAJA TAURINA, mediante el cual la ofrecemos á los primeros á 1 peseta 50 céntims., y á los segundos con un 20 por 100 de descuento.

(1) Véase nuestro número 3 del año actual.

REVISTA DE TOROS.

Corrida extraordinaria á beneficio del Hospital Provincial

31 DE MAYO DE 1885.

Estamos en un periodo de actividad taurina, que no permite á los revisteros un momento de reposo. Después de las corridas verificadas los días 24 y 28, el 29 en Aranjuez, y la que vamos á reseñar, de Beneficencia, preparáanse, una el día 4, otra el 7, otra el 11, otra el 14, otra el 18 y otra el 21. Seguirán después las fiestas dominicales de precepto, y luego algunas extraordinarias, para no perder la costumbre.

Los detractores de las corridas de toros no saben lo que se pescan, atacando esta inaguantable tauromanía á que la Empresa nos tiene condenados. Porque se necesita ser ciego para no ver que los Jena, Austerlitz y Wagram de Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini y compañía, traen á pasos agigantados el Waterlío de la afición.

Tras del hartazgo vendrá la indigestión, ésta traerá las náuseas, después vendrán las deyecciones (!) y, como decía el andaluz del cuento, "moriruitis, en latín, pa que el enfermo no ze entere."

Ya puede asegurarse, desde luego, que toda la bacteriología hodierna será incapaz de destruir el microbio *menendezwegancus* que se ha incrustado en la afición.

Triste es decirlo, pero es así. Y para que nada falte, tenemos á la Diputación provincial, excelentísima señora nuestra, que nos propina anualmente una sangría feroz, capaz de dejar anémico al bolsillo más lleno de glóbulos rojos.

La apreciable señora se ha corrido este año con su corrida de cajón, y demostrado una avaricia que no es posible censurar, porque redunda en beneficio de los pobres. ¡Qué carteles y qué billetes! ¡Pequeños los primeros, y feos é incómodos los segundos! En cambio los precios de las localidades han subido, como siempre, á las estrellas, é ido á parar en gran parte á los distinguidísimos sujetos, cuyos abonos monumentales ha denunciado la prensa.

Consolémonos con que el Hospital provincial se presenta en el porvenir como una risueña esperanza para los aficionados, y vamos á reseñar la fiesta.

* *

Toros, cuatro de Veragua y cuatro de Felix Gómez; cuadrillas, las de Lagartijo, Frascuelo, el Gallo y Mazzantini. Hora de dar comienzo, las cuatro.

Rompió plaza *Vencedor*, de Veragua, berrendo en colorao, capirote, botinero, ojinegro, corniabierto y bizco del izquierdo, de libras y de buena estampa.

De los de tanda, Chuchi y José Calderón, y el reserva Agujetas, tomó con bravura y poder diez varas, dió cuatro tumbos, mató dos caballos, y pasó apurado á banderillas. El Torerito salió por delante y colocó un buen par al cuarteo, dejándose cojer; secundó Manene con otro bueno también, y terminó el Torerito con medio al sesgo. El bicho descompuesto y sin facultades.

Rafael, de grana y oro, encontró al toro muy aplomado y algo descompuesto. Lo pasó diez y seis veces y le echó á rodar de una estocada á volapié. (Palmas.)

* *

Un aplauso general resonó en la plaza, cuando salió el segundo, llamado *Curro*; era un hermoso animal, de Félix Gómez, retinto albardado, de muchas libras, cornicorto y rizado de cuello y de cara.

Bravo y de poder, recibió seis puyazos, dió tres caídas y mató tres caballos, terminando tarde.

Ostión clavó dos pares superiores, cuarteando (muchos aplausos), y Paco disparó medio malo.

Salvador, de café y oro, desplegó el trapo delante de la cara y después de un trasteo ceñido, compuesto de siete pases con ambas manos y un gran cambio, se dejó caer con una magnífica estocada arrancando, que hizo innecesaria la puntilla. (Grandes aplausos.)

El toro noble.

* *

Brujito se llamaba el tercero, que era de Veragua; cárdeno oscuro, listón, girón, cornitrasero, corto, algo abrochado y vuelto, astillado del derecho y de libras.

Hizo en el primer tercio pelea de toro incierto, guasón y huido, pues mientras tomó siete varas, dió dos tumbos y mató un caballo, manifestó tendencias á la naja, tomó el olivo una vez é intentó la suerte tres veces más.

Almendro salió por delante con un par bajo y pasado, por cuartear muchísimo; siguió Guerrita con un par al sesgo, después de dos salidas falsas (palmas); siguió Almendro con un par al cuarteo, y terminó Guerrita con otro á la media vuelta. El toro quedado y con tendencias á huir.

El Gallo, de luto, despachó al animal, que acudió noble á la muleta, de un buen pinchazo arrancando, un volapié hasta la mano, algo trasero, hasta la mano, en las tablas, perdiendo el trapo, cinco intentos de descabello, y un descabello definitivo.

* *

El cuarto era de Gómez y se llamaba *Comedante*, castaño listón, aldinero, de libras y cornidelantero y muy hondo, voluntario y blando. Tomó ocho varas y mató un caballo.

Entre el Barbi y Galea le clavaron dos pares y dos medios.

Y salió Mazzantini ataviado de canario y negro, en medio de gran expectación. El matador, con mucha frescura y en corto, trasteó con setenta y nueve pases con ambas manos, y dió tres pinchazos, tres estocadas cortas, arrancando, y otra andando.

La faena resultó pesadísima. (Silbidos y aplausos.)

* *

De Gómez era también el quinto, llamado *Ojinegro*; retinto oscuro, listón, grande y bien armado. Rafael le saludó con siete verónicas; la primera y tercera, buenas, y la segunda superior (palmas), y una navarra.

El toro no tomó más que una vara, á cuyo final hizo Rafael una larga muy buena y muy aplaudida. Y como no quiso más el animalito, fué condenado á fuego, tostándole el morrillo Manene y el Torerito, con dos pares y dos medios.

Rafael despachó al buey de dos pinchazos, una estocada corta, otra á la media vuelta, otra á paso de banderillas, todas ellas bajas, seis intentos de descabello, otro pinchazo bajo, dos intentos más, un sablazo pescuecero que ahondó el mismo matador, otro barrenando y un descabello. Rafael atravesó la plaza en medio de una silba espantosa.

* *

Berrendo en negro, capirote y botinero, pequeño y corniabierto fué el sexto, de Veragua, llamado *Escribano*. El Gallo dió el quiebro de rodillas con una limpieza extraordinaria, y recortó y jugó con el torete durante el primer tercio, ganándose grandes aplausos.

El bicho fué muy bravo para las varas y aguantó siete de éstas, dió tres tumbos y mató dos caballos.

Paco Sánchez prendió dos pares cuarteando, y Ostión uno muy bajo y muy pasado.

Frascuelo desplegó la muleta delante del toro, y con sólo cinco pases dió una estocada hasta la mano un poco caída y un descabello al segundo intento. (Muchos aplausos.)

* *

De Gómez, fué el séptimo, llamado *Cordobés*; castaño, oscuro, ojulado, estrecho, corniveleto, corniabierto y astifino.

Tomó con bravura cuatro varas, y acabó muy tarde, después de matar dos caballos.

Guerrita prendió un par pasado al cuarteo; siguió Almendro con un par en la misma suerte, y terminó Guerrita con medio par ídem.

El Gallo, tras nueve pases, dió una estocada corta, trasera, y un poquito caída, que el matador ahondó con la muleta, y que fué suficiente para que el toro cayera.

* *

Cerró plaza *Palmero*, de Veragua, cárdeno chorreado, girón, coliblanco y caribello, cornicorto y chico de cuerpo y de jeta.

Tomó con bravura al principio, y tardeando después, hasta cinco varas, y mató dos caballos.

Mazzantini tomó los palos y clavó un par algo caído, cuarteando; después sufrió un acosón, en que el toro le entró cortando el terreno, y le pegó un palo en el muslo derecho. Luis, con admirable serenidad, se rehizo y clavó un par colosal á topa carnero, y otro magnífico cuarteando. (Grandes aplausos, y muy merecidos.)

En seguida empuñó la muleta y el estoque, y tras una brega corta, se dejó caer con una excelente estocada hasta la mano, que fué muy aplaudida.

* *

RESUMEN. La corrida resultó generalmente sosa y fría y hasta aburrida en más de una ocasión. Ninguno de los toros de Veragua ni de Gómez sobresalió. Y

con ser chicos los primeros y grandes los segundos, defraudaron las esperanzas de los aficionados.

En la reseña van las condiciones que demostraron en el primer tercio de la lidia. En banderillas se taparon ó quedaron la mayor parte, y, en cuanto á la muerte, aunque ninguno ofreció peligro, por querer desazonar al matador, se aplomaron todos ó se hicieron bueyes, como el segundo que mató Rafael.

En suma, un ganado que no dió honra al Duque de Veragua y quitó alguna á D. Felix Gómez. ¡Se ha lucido la Excm. Sra. Diputación!

Vamos á los matadores.

Rafael.—En su primer toro cumplió, porque fué breve é hirió bien. La estocada fué alta y el empuje de la salida hizo que el arma se partiese por la mitad. De haber quedado clavado el estoque sin rotura, seguramente hubiera tenido Rafael una ovación. En vez de esto las palmas fueron muy tibias.

En su segundo toro, estuvo Lagartijo deplorable. Que era un buey el animal, lo vimos todos; pero que á los bueyes se los quita de encima de cualquiera manera, con tal de que sea pronto, lo deben saber los matadores de toros mejor que nosotros. Cuando se entra fuera de cacho, hay que consentirse para atravesar al enemigo y quitarlo de en medio. Rafael estuvo despegado, hasta para el gollote, y para que nada faltase, perdió un tiempo grandísimo en los intentos de descabello. Recibió dos avisos y una silba prolongada. Fué bastante castigo, y no queremos insistir.

En la brega, guapo. En los lances de capa, dió una verónica de brazos (la segunda) superior.

Salvador.—Sereno y valiente, trasteó y mató su primer toro, acercándose de verdad, y entrando y saliendo muy bien. En su segundo, la estocada resultó un poco caída, porque al embrocarse, viendo que el toro no hacia por él, hizo él por el toro, y se enmendó cuando llegaba á la reunión. Esto, como es natural, le hizo desviar el brazo. En la muerte de los dos toros, que eran, dicho sea de paso, muy nobles, recogió grandes y merecidos aplausos. En la brega, incansable, como siempre, y en los quites, como siempre también, incomparable.

El Gallo.—En su primer toro pasó con frescura y se arrancó á matar con coraje. Los intentos de descabello á un toro que se tapaba, deslucieron la faena. En su segundo toro tuvo la fortuna de herir en el sitio de la muerte, aunque se salió mucho antes de lo conveniente. La prueba es que ahondando el estoque con la muleta, consiguió que el toro se echase. Las estocadas no se ahondan con el trapo, sino con el brazo. Lo contrario es demostrar que se hace fuera de todo peligro, lo que los matadores de toros deben hacer, yéndose á los toros corto y por derecho. En los quites bien, en el quiebro de rodillas superior y en los recortes y carantoñas, muy aplaudido.

Mazzantini.—Estuvo en su primer toro, siempre cerea y siempre trabajador, fresco y guapo con la muleta. Pinchó mucho, porque no en todas ocasiones se arrancó de cerca, por lo cual deslució mucho la faena.

En su segundo, dió muestras de sus facultades y de su gran serenidad. Arrancó con gran decisión y se quedó con el toro al primer sopapo.

En banderillas pudo tener un disgusto por su culpa. En el segundo par el toro entró como un rayo, cortándole el terreno. Luis no se contentó con quebrar de cintura y salirse, sino que quiso parar á la res, golpeándola con las banderillas en la frente; pero la res acometió sin detenerse, y sólo por un quiebro rápido del espinazo pudo Mazzantini evitar la cornada. Este aviso, tan elocuente del toro, no enseñó nada á Mazzantini, sino que repitió la cosa en otra arrancada del toro, y esta vez sacó roto el calzón, y no hubo un disgusto milagrosamente, merced á las grandes facultades de Luis.

Los toros son muy brutos, pero cuando les enseñan tienen, á veces, un instinto superior.

Después de este desavío, Mazzantini dió muestra de su admirable guapeza, clavando dos pares de poder á poder, de los que acreditan á un banderillero. En los quites, trabajador y deseoso de palmas, pero sin recoger nunca el capote con elegancia, aunque parece mentira, tratándose del torero más *chic* de la creación.

Los banderilleros, véase la reseña. De los de aupa, Agujetas y Badila, con gran voluntad. La presidencia, agobiada, sin duda, por el calor, durmiendo como una estaca. El público llenó por completo la plaza.

DON JERÓNIMO.

LA LIDIA



H. Ferra